

**MEMORIAS DEL STRONATO**  
ROCCO CARBONE (UNGS/CONICET)

Sin memoria no hay identidad, sin identidad no  
hay patria y sin patria, hay colonia.

Nieto recuperado<sup>1</sup>

1844: Francisco Solano López lee los manuscritos de un tal Karl Marx. En ese mismo año, el mariscal, su amante irlandesa –madame Lynch– y el tal Karl Marx se encuentran en Londres, en diciembre. Frío, entonces: comparten una cena en la que comen sopa de gallina y en algún momento de ese viejo ritual, Marx la mira a Elizabeth y le dice: usted, que tendrá hijos paraguayos, debe saberlo: el futuro de América Latina será socialista. Evidentemente, Marx se refería a este siglo XXI y a los gobiernos que estamos vivenciando desde el Orinoco hasta el Plata, sin olvidarse ni del río Coco, ni de ese gran mar Caribe que baña un par de islas que supieron ser brillantes; digo, para decirlo en términos hidrográficos. López, que era medio sansimoniano, se irrita frente a ese desplante de Marx y éste, palmeándolo, le dice: -No se me preocupe, mi mariscal. Después de todo, ¿qué puede ser peor que Stroessner?

Esta anécdota, que me hubiera encantado escribir, pertenece a la única y excelente novela de Juan Manuel Marcos: *El invierno de Gunter* (1987). Texto que entrama un clima enrarecido. Y no porque narre el horror del stonato, sino por cómo lo narra: porque no se concentra en la narración del horror, sino que la disimula en el medio de una historia de amor entre dos mujeres jóvenes. Estamos en Corrientes, en el año de la guerra de las Malvinas. Y Malvinas prefigura la caída de la dictadura en la Argentina, pero también la fase descendiente del stonato, si consideramos que la fase de consolidación de este *régimen político*<sup>2</sup> se dio con la elección que llevó a Strossner a su cuarto mandato (1968-1973); ésta abriría la perspectiva de consolidación del régimen bajo la forma de un gobierno de democracia representativa, ya que todos los partidos políticos habían sido devueltos a la legalidad (Lara Castro 1985; una perspectiva un tanto distinta puede apreciarse en Nickson 2010).

---

<sup>1</sup> En el Día de la Memoria (2012) esta frase fue citada por Micaela Lisola, estudiante secundaria sanjuanina y militante de La Cúpula. A la frase le siguió la censura implementada por parte de la directora de la escuela –María Isabel Larrauri– y Micaela recibió 24 amonestaciones.

<sup>2</sup> Siguiendo las detalladas precisiones de Soler (2011), para referirme al stonato uso la muy productiva categoría de “régimen político” y no la de *dictadura*, que es la que usualmente se acostumbra. A diferencia de las dictaduras institucionales del Cono Sur, no se presentó como un estado de excepción del orden político con su precariedad constitutiva y con su igualmente constitutiva transitoriedad. De hecho, no se presentó como un gobierno de transición “hacia otro que apela [...] a una legitimidad con origen en el pasado (democracia conculcada) o en el futuro (democracia transformada)” (Soler 2011: 25).

Ahora bien, desde la perspectiva que nos otorga una fecha como 1844, podríamos sostener que el arte “nos prefigura y nos provee una anticipación de las posibles cosmovisiones y experiencias que los hombres van desplegando a lo largo de la historia” (Bagnato 2012). Quiero decir que desde una fecha como 1844, paradójicamente y provocando a la Li Tiequiao (saxofonista de Shanghai), podríamos hablar –para referirnos al stonato desde la literatura– menos de *deseo del futuro* que de *memoria del futuro*. Paradójicamente, digo, porque si la memoria hace pie en el pasado, y en ese hacer pie le disputa el pasado a la historia, el deseo se vincula con lo proyectivo: el deseo franelea con el futuro. Hacer *memoria del futuro*, desde el encuentro de Marx y López en Londres; pero aquí de lo que se trata es hacer *memoria* y *memoria del stonato*. Y pretendo hacerlo barajando tres narrativas: la de Marcos, *Insurgencias del recuerdo* (2009) de Bogado y un corto de Paz Encina que se presentó en el último BAFICI: *Viento sur* (2012).

¿Por qué, dirán ustedes? La pregunta sería legítima. Porque esas tres narrativas hacen la cuenta con un recuerdo de tipo traumático y porque reelaboran la memoria del stonato desde los mismos sectores. Orientan sus relatos desde sectores insurgentes-populares, los “vencidos”. Recuperan y reelaboran la voz de cuerpos que llevan inscripta en el cuerpo la violencia política: que padecieron la tortura, pero lo que es peor: el olvido. Son tres narrativas que describen y articulan un *dispositivo para recordar*. Enfocan personajes que siguen haciendo –tal como en un pasado próximo se hizo en (la) realidad– la “historia de los débiles”. Porque se trata de tres narrativas que reelaboran la memoria de los que lucharon a muerte contra la muerte y que dan cuenta de un tejido compartido; tejido resumible a través de personajes que aluden a y condensan la experiencia lo tenebroso. Que en la sincronía fueron capaces de soñar con abolir la “estupidez” de un régimen político como el stonato y que imaginaron creativamente un mundo sin tiranos: sin Stroessner. Un mundo que encontramos concentrado en las palabras, escritas desde el calabozo, de la poeta y líder estudiantil más popular de Corrientes: Soledad Montoya Sanabria Gunter, centro nuclear que aciclona *El invierno de Gunter*:

*Hasta la geografía mudará de colores: [...] será la mujer más espléndida. Y los hombres, más niños. Nadie recordará cómo era el olvido. [...] No habrá libros que no puedan abrirse. [...] Así juntos iremos hacia nosotros mismos. [...] en el sol de los otros como una patria íntima y una vasta bandera. La tierra será toda una inmensa mañana sin aduanas, gendarmes ni fronteras [...]. Tenaz como la vida, bastión de la esperanza, esta ansiedad de auroras nos funda y nos congrega. Invencible, libera de ausencias nuestras huellas. Y en la memoria teje despacito el futuro* (Marcos 1987: 219; la cursiva es del autor).

La memoria teje despacito el futuro, si bien está asentada sobre el pasado: *lo sido*. ¿Y por qué es necesario recordar? No recordar a secas, sino recordar el horror, lo tenebroso. Para evitar el olvido que el horror y lo tenebroso provocan porque el olvido es una forma de protección para seguir (sobre)viviendo. De hecho, en ese gran documental-filosófico que es *Shoá* (1985) de Lanzmann los sobrevivientes de Sobibor – un campo de exterminio de la Alemania nazi creado en 1942– que aparecen entrevistados en la película, ni siquiera su lengua materna recuerdan y para narrar el horror muchas veces recurren a una lengua adquirida.

¿Por qué se olvida? ¿Por qué el hombre olvida? Olvida por los traumas. Se olvida a sí mismo, a partes de sí mismo, por los traumas. En este sentido, cuando ya no haya trauma, podemos suponer, ya no habrá motivo para recordar el olvido. Memoria, olvido, trauma, entonces, son algunos de los vectores de esto que les estoy contando.

El olvido, cuando entremedio está el horror que todo permea hasta los últimos resquicios del ser humano, está directamente entroncado con traumas de tipo político, social, histórico, económico. Pero, ¿qué es un trauma? Aquí la pregunta tiene que ver menos con lo individual que con lo colectivo. Es un producto: producto de una crisis o de un estado de *shock*, tal como indica Naomi Klein (2011). Y el trauma acontece cuando la sociedad está conmocionada; pongamos, por un ataque terrorista (o presuntamente tal, como el 11 de setiembre en los EE.UU.), una guerra, un tsunami o un huracán, por una cuestión política –un golpe de Estado– o por una cuestión económica – un colapso del mercado o la hiperinflación, ahí tenemos los hechos decembrinos en la Argentina de 2001. En este sentido, ¿nos podríamos arriesgar a sostener que el stronato no puso a Paraguay en estado de *shock*?

¿Y cómo se implementó el estado de *shock* en los sectores insurgentes-populares? Sectores reelaborados por las tres narrativas que barajo aquí. El estado de *shock* ahí se entronca con la tortura. *Técnicas avanzadas de interrogación* o *interrogatorios coercitivos*, según los eufemismos de la CIA, y cuyas primeras declinaciones consisten en la privación de los estímulos sensoriales para inducir al “sujeto” a un estado de regresión. Esto con vistas a impedir que su mente pierda el contacto con el mundo exterior. De esta manera se lo fuerza a introvertirse. En este sentido, es todo menos anecdótico que un sector del altillo de la ESMA se llamara “Capucha”. Dan cuenta de la privación sensorial, Calveiro en *Poder y desaparición* (1995) y Bonasso en *Recuerdos de la muerte* (1984). O las fotos de los prisioneros de guerra iraquíes en la cárcel de Abu

Ghraib, en Bagdad. En una de ellas que hizo el giro del mundo se ve a un prisionero encapuchado –casi a la manera de un integrante del Ku Klux Klan–, con dos cables conectados en los dedos de las manos y parado sobre una caja de cartón mientras alguien mojaba el piso con una manguera. El peligro objetivo ahí era nulo, ya que los cables no estaban conectados a ningún enchufe, por lo menos aparentemente. Esto dicho desde la mirada de un observador externo. Ahora, cada uno de nosotros podrá imaginar que las percepciones cambian vertiginosamente desde lo subjetivo; quiero decir, cada cual podrá imaginar más o menos cómo puede experienciarse esa situación desde lo subjetivo. Indudablemente, se trata de un caso de privación sensorial.

Tortura: tácticas de choque, técnicas de regresión que apuntan a destruir el adulto que está en el cuerpo del terrorista, del subversivo, del insurgente, del revolucionario. Apuntan a privarlo de su ser personal, de su más íntima identidad. Tácticas y técnicas: concreciones de la tortura investigada sistemáticamente por Ewen Cameron, un psiquiatra escocés-norteamericano famoso por su participación en el Proyecto MKULTRA de la CIA. Sus teorías “estaban basadas en la idea de que llevar a sus pacientes a un *estado de regresión* crearía la condiciones ideales para el ‘renacimiento’ de ciudadanos impecables” (Klein 2011: 77). Estado de regresión, en este sentido, se vuelve preciso sinónimo de repautación psíquica del cerebro. O a lo *Frankenstein*, ya que –aparentemente– de literatura hablamos: (hacer) *volver a nacer de nuevo*. Las investigaciones de Cameron desde el Departamento de Psiquiatría de la McGill University, impresas por la “editorial” de la CIA, vía la Escuela de las Américas, llegaron al Cono Sur, aunque no exclusivamente. Aquí fueron implementadas por los aparatos represores sobre el cuerpo de los humillados, las víctimas. Implementadas para eliminar sin excepción todo lo que existía en las “mentes subversivas”. ¿Con qué fin? Para que esas “mentes subversivas” regresaran a en estado de “salud natural”. Traduzco: a un estado no contaminado por alguna “ideología peligrosa” –comunista, peronista, febrerista– con vistas a que esos “sujetos” colaboraran, y mansamente, con el verdugo. Uno de los fines de la tortura no es tanto o no es sólo producir dolor en el cuerpo del otro sino eliminar la personalidad del detenido-desaparecido con vistas a que colabore: *quebrarlo*, en la jerga de los sobrevivientes. El objetivo entonces es hacer caer a los prisioneros en un “*estado de regresión y de terror* tal que no pueden pensar racionalmente ni proteger sus intereses” (Klein 2011: 39-40).

Dicho esto, miremos más de cerca ese dispositivo para recordar articulado por las tres narrativas en cuestión.

Más que *El invierno de Gunter* en su totalidad quiero mirar su personaja principal: Soledad Montoya Sanabria Gunter. Para hacer las presentaciones: Sole es la poeta y líder estudiantil más popular de Corrientes, tuvo una participación activa en una tal movilización estudiantil de junio, hija de un peluquero febrerista que murió, vive con su madre: Amapola; para ayudarla, “hace changas”, con el nombre de Malena, en el prostíbulo del brigadier centroamericano Gumersindo Larraín: allí lo castrense se cruza con lo sexual; no hay ninguna novedad en tal sentido, desde *Recuerdos de la muerte* hasta *Maniobras* de Viñas. Sole es una alta representante de los sectores populares y franelea –en el sentido más estricto de “franelear” y de codearse también– con dos hermanos –Verónica y Alberto–, vástagos de una de las familias más poderosas de Corrientes que ha acumulado sus riquezas a la sombra del Proceso: los Sarriá-Quiroga. Es acusada de comunista, “tortillera” y de convertirse en yaguareté, esto es, de ejercer ilegalmente el chamanismo “con el objeto de metamorfosearse en jaguar [para no] pagar impuestos” (Marcos 1987: 158). Estos son los tres cargos por los que la meten presa en el Departamento Central de Policía, del cual vuelve bajo forma de cajón cerrado; *cerrado*, enfatizo: Sole es una desaparecida. Esos tres cargos, apilados, se metamorfosean en tortura. Tortura que Soledad, en uno de sus poemas, define, si cabe, de forma brillante, como “todos los cumpleaños que empiezo a descumplir” (ibid.: 177). La tortura ha cumplido el objetivo que nos señalaba Klein: provocar una especie de huracán mental para que el prisionero caiga en un *estado de regresión*, de terror, que no le permite *pensar racionalmente*. Y Soledad no puede pensar en términos racionales; de ahí que escribe poesías de amor para su amor: Verónica Sarriá-Quiroga. Poemas desde el calabozo en forma de papelitos escondidos en su ropa, que busca Amapola en el Departamento Central de Policía, quien se los entrega a la abuela de Verónica: Doña Ernestina. Todo un circuito femenino de varias generaciones para contrabandear la palabra irracional, poética, memoriosa, que recupera lo colectivo y que transforma el silencio impuesto por la tortura sobre un cuerpo insurrecto.

Lo irracional, como el misticismo, tiene que ver con la dinámica de la poesía. Lo irracional guarda con lo racional la misma relación que lo desconocido con lo conocido. ¿Y hay algo más desconocido que la tortura? A esa forma de desconocimiento Sole le sobrepone una forma del conocer que es el amor. El amor de Sole para Verónica es una forma de resistencia a lo tenebroso y le otorga a Sole una leve dramaticidad que le permite seguir sobreviviendo en el calabozo. La novela postula una ecuación entre una forma de la libertad, que es la posibilidad de la comunicación, y el amor. Y cuando Sole

registra la falta de palabras –que además es el dispositivo a través del cual recordamos– la literatura, subversivamente, se alía con la subversiva supuesta y le vuelve a otorgar esa palabra perdida.

Las palabras se parecen al amor cuando ya ni quedan memoria ni esperanzas. Realidad dramática, la del Paraguay argentinizado, si bien sólo en apariencia, y retratado por *El invierno de Gunter*. Realidad poblada de traumas y que integra un ciclo mayor propiamente latinoamericano. Una pródiga constante en la historia del subcontinente. *Ciclo de las barbaridades*: se balancea sin descanso entre puntas tan antagónicas como agónicas: rebeldía y represión. Ciclo que influye en las modalidades y las características de la producción literaria paraguaya y latinoamericana también: “allí nos tuvieron por seis meses incomunicados. Bajo ningún cargo formal, excepto el de subversivos [...]. ¿Ves estas cicatrices? Y tengo otras que no me atrevo a mostrar a nadie” (Bogado 2009: 11), así Bogado estrena *Insurgencias del recurso*. Y sigue: “el militar desprendió la camisa haraposa del rebelde y [...] abrió con su cuchillo el vientre del interrogado. [...] Sáquenle la lengua ya que no la quiere usar. Pero primero vamos a ver los huevos que carga éste que se cree tan macho” (ibid.: 75-76). Estos pasajes se refieren al orden político autoritario del stronato. Y sin vueltas a graves violaciones de derechos humanos. Violaciones que la literatura recupera y que tenían un correlato real en la realidad socio-política del momento. Violaciones que se llevaban a cabo públicamente: de manera visible, inmediatamente, frente a otro que coyunturalmente podía ocupar el espacio público; y también de manera mediata, publicitada a través de la prensa gráfica porque la sanción –hacerle saber a otro que la sanción existe– tiene como función social la restauración del orden.

Frente a esta realidad dramática parecería que no es posible ninguna forma de evasión ni de escape. Pero estas formas existen: para Sole en *El invierno de Gunter* era la poesía que escribía en el calabozo y que le enviaba a su amante, escondida bajo forma de papелitos inciertos. Algo paralelo pasa en la literatura de Bogado. Al páramo sombrío del régimen la literatura denunciante de Bogado opone con ademán cortés, elegante, un espacio otro. Se trata del paisaje bucólico, silvestre: la naturaleza tupida del Paraguay campesino. Su cromatismo de colores contrapuntea con el escenario de muerte impuesto por el stronato. Entonces aparece el elemento vegetal, una naturaleza humanizada. Frente a la absurda negatividad del stronato, este paisaje es relatado y percibido positivamente. Escenario natural y humanizado, lugar de la serenidad, que funciona como *la negación del otro espacio*, dramático, en el que prima la inflexión castrense.

Este escenario natural es como un espacio de la niñez y de la intimidad. Llega a nosotros por medio de una voz materna: la de una guerrillera muerta perteneciente al Movimiento 14 de Mayo, una guerrilla clandestina comandada por Juan José Rotela, surgida en 1958, que pretendía derrocar al régimen político, pero que también planteaba su lucha en términos de transformación del orden. Esta guerrillera le relata una historia a su hijo: José Ignacio. Luego de la Sole en *El invierno de Gunter*, otra mujer. Por medio de la guerrillera se está rindiendo honor y *dignidad política* a la guerrilla antistronista. Pero sobre todo a todos aquellos que tomaron partido por el mundo: Soledad es una de ellos. La literatura en este caso le otorga a la guerrillera y a la guerrilla y en la sincronía a Soledad un “espacio público” que les permite aparecer y *seguir siendo*. Homenaje, honor, inmortalidad otorgadas a la persona, a la guerrillera, que como tal es toda la guerrilla; a Soledad, que representa a un colectivo resistente al régimen, menos insurgente que militante; sujetos, ambos, que representan colectivos mayores que se han presentado en el espacio público (Arendt 2003). Ambas son desaparecidas por crímenes de Estado, desaparecidas por el aparato represor, pero como el crimen no tiene nombre, el nombre de cada víctima será restituido y *es* restituido, aquí, literariamente. Marcos y Bogado vuelven a hacer aparecer a los muertos y a los desaparecidos –en su ineludible espectralidad– en el espacio público. Cuando no se sepulta a los propios muertos estos reaparecen como espectros que agitan el recuerdo sombrío. Hacen aparecer el pasado en el presente. Con una transformación estimulante que es un giro virtuoso, aquí, la palabra literaria se vuelve política. *Palabra política* que expresa la gratitud del mundo hacia la persona –la guerrillera, Soledad– que manifestando(se) ha expresado su interés por el mundo y que, con el hecho de arriesgar su vida, adquirió la dignidad de ser “nombrada”, transformada en un ser memorable. *Inmortal* y justamente por eso profundamente ligada al mundo humano. *Recordar*, entonces, según una literatura que reelabora la memoria de hechos sombríos, adquiere esta significación: criticar los panteones heredados para hurgar en el barro y la sangre sobre los que esos mismos panteones fueron erigidos.

Como contrapunto del régimen político stronista, donde todo es arbitrario, surge ese lugar compensatorio que es un modelo de serenidad: la naturaleza tupida del Paraguay campesino. A la perversidad del stronato se opone este lugar que implica también y sobre todo la activación de la palabra materna en el caso de la guerrillera y, en el de Sole, la activación de la palabra poética para expresar el amor como resistencia al horror. Palabra materna, palabra de amor: inflexiones de lo más prístino y despojado

de toda degeneración. Palabras que se encargan de ir facilitando el alejamiento, momentáneo, del universo dictatorial, de la miseria de la tortura que apunta a destruir el adulto que está en el cuerpo del insurgente, que apunta a privarlo de su más íntima identidad para restituirlo a un estado no contaminado por alguna “ideología peligrosa”.

Para salir del dispositivo para recordar: *Viento sur*. El corto arranca situándonos en una ambientación popular. Se muestra una naranja, su cáscara, la tierra desnuda, un cuchillo sucio, un par de zapatos gruesos, un balde, el río y una franja de tierra que está más allá. Y esa franja de tierra que está más allá es un símbolo de liberación, de libertad, tal como lo es la palabra poética de Sole o la palabra materna de la guerrillera. Y a esa franja de tierra quiere cruzar Domingo con su hermano menor, con Justino, porque cruzar el río quiere decir salvarse, si bien ese río exhala “olor a muerto”. *Viento sur* cuenta, y lo hace en guaraní, la historia de dos hermanos: uno que cruza el río y el otro se queda. Y el viento norte, de agosto, es lo que debería ayudar a cruzar el río, aunque se insinúa que es un viento traicionero. En el breve mundo relatado por el corto, el viento es traicionero, el agua sirve para escapar, pero huele a muerto y a lo lejos se escucha un temporal en el cielo que impacta en la tierra. Elementos: agua, aire, tierra que simbolizan que *esa* tierra que se cuenta está maldita. Domingo lo dice sin vueltas: “ya no hay suerte que esperar aquí”. Y cuando ya no hay suerte ni quedan memoria ni esperanzas, vale recordar. Se activa el dispositivo que estamos articulando aquí.

Domingo quiere cruzar y quiere convencerlo a Justino porque el peligro que corren es que “Nos van a agarrar y nos van a torturar”. Al que Justino contesta: “Al menos van a saber que estamos muertos”. Aquí, sin sombras de duda, se está aludiendo al tema de la desaparición, a los vuelos de la muerte, esos que tan entroncados están con el río; experimentos desde los que no se vuelve, tal como no volvieron de a miles, tal como no volvió Fermín, a quien aún lo están esperando en su casa, cuenta el corto. Justino: “Una cosa es morir en el río, y otra que se te entierre ahí”; “Si me muero, al menos que se me encuentre”. Y del otro lado además puede estar la “gente de Stroessner”. El corto da cuenta del miedo al stronato desde una aparente insurgencia popular: las caras de Justino y de Domingo no se muestran nunca; y una de las características de la insurgencia popular es la clandestinidad, en encubrimiento de la identidad. Da cuenta también de los titubeos acerca del irse, porque irse puede implicar caer preso y esto el peligro de la delación por tortura. Pero irse, también, significa la promesa/esperanza de libertad, en cuyo revés de trama se inscribe el abandono de la lucha: *olvidarse* de esa lucha, traicionar la patria, la causa. Y sobre estos peligros, pero



máxime acerca del peligro del olvido, sobre la memoria de ese posible olvido gira el corto de Paz Encina. Sobre todo esto que les estoy contando se sobreimprimen imágenes de niños jugando sobre el río. Y la lectura posible que hay que hacer de las imágenes es ésta: sobre ese pasado que fue el stronato, vuelto presente porque es contado, se sobreimprime el futuro, simbolizado por los niños, justamente: por José Ignacio, el hijo de la guerrillera de Bogado o por ese niño que Sole y Vero nunca hubieran podido tener. Y cuando juegan los niños, el mundo tiene un resplandor inesperado. Niños que simbolizan, también, una tierra libre: a la vera del río o sobre un botecito, ahora, se puede jugar; a la vera de ese mismo río se puede bañar a un bebé y las mujeres pueden lavar la ropa. Hoy, sobre ese río que antaño servía como vía de fuga del horror, ese río que olía a muerto, hoy, sobre ese río, a la vera de ese río: hay vida.

¿De ese dispositivo para recordar sobre el cual reflexionamos aquí qué descende? Nuestro dispositivo rechaza todo acto de olvido o de amnesia como reacción ante uno de los traumas nacionales paraguayos, y nos propone una codificación de la memoria y su supervivencia cotidiana bajo el perfil de un relato literario o cinematográfico que se espera impacte en la recreación de la sociedad, dado que si la paz del tiempo presente se apoyara sobre el olvido y la violencia, sería una paz (ficticia), herencia del stronato. Por esto, para evitar esa herencia, la paz del tiempo presente debe apoyarse en la memoria, la verdad, la justicia. Sobre las que siempre se refracta el peligro tenebroso no sólo del olvido, sino también la sombra, igualmente tenebrosa, de la censura y las 24 amonestaciones por haber tenido la osadía de pronunciar el potente “Sin memoria no hay identidad, sin identidad no hay patria y sin patria, hay colonia”. Nada menos que un Día de la Memoria frente a quien otrora tomó asiento al lado de Videla y Menéndez.

### **Bibliografía**

- ARENDDT, Hannah (2003), *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- BAGNATO, Laura (2012), “Los aullidos de Calibán. Poesía y literatura: instrumentos que gestan acciones de resistencia y descolonización”, mimeo.
- BOGADO BORDÓN, Catalo (2009), *Insurgencias del recuerdo*. Buenos Aires: Ediciones El 8vo. Loco.
- ENCINA, Paz (2012), *Viento sur*, corto.
- KLEIN, Naomi (2011), *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- LARA CASTRO, Jorge (1985), “Paraguay: luchas sociales y nacimiento del movimiento campesino”. En: Pablo González Casanova (coord.), *Historia política de los campesinos latinoamericanos*, vol. 3, Siglo XXI, México, pp. 208-253.
- MARCOS, Juan Manuel (1987), *El invierno de Gunter*. Asunción: El Lector.
- NICKSON, Andrew (2010), “El régimen de Stroessner (1954-1989)”. En: Ignacio Telesca (comp.), *Historia del Paraguay*, Asunción, Taurus, pp. 194-265.
- SOLER, Lorena (2011), *Modernización, cambio social y ciencias sociales. Los oficios del sociólogo en tiempos del régimen stronista en Paraguay (1954-1989)*. Tesis doctoral en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.